



Iván Escamilla González
“Nueva España como puente transoceánico del imperio español en el discurso criollo del siglo XVIII (1694-1762)”
p. 251-282

Nueva España, puerta americana al Pacífico asiático. Siglos XVI-XVIII
Carmen Yuste López (coordinación)

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Gráficas, planos, cuadros y fotografías
(Historia Novohispana 107)

Primera edición impresa: 2019

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



NUEVA ESPAÑA COMO PUENTE TRANSOCEÁNICO DEL IMPERIO ESPAÑOL EN EL DISCURSO CRIOLLO DEL SIGLO XVIII (1694-1762)

IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ

El martes 15 [de octubre de 1697] fui a visitar a monseñor el obispo don Manuel Fernández de Santa Cruz, que salió a recibirme a la escalera y me trató honrosamente. Era él un prelado tan docto y noble cuanto cortés y moderado, que se había rehusado a ser virrey de la Nueva España. Después de largas conversaciones acerca del imperio de la China, me despedí, y él quiso igualmente acompañarme hasta la escalera.

Giovanni Francesco Gemelli Careri¹

Introducción

El anterior epígrafe proviene del *Giro del mondo*, obra en la que el italiano Giovanni Francesco Gemelli Careri relata su travesía alrededor del globo en la década de 1690. Luego de haber recorrido China y Filipinas entre 1695 y 1696, Gemelli se embarcó en Manila rumbo a la Nueva España, donde permaneció a lo largo de 1697 antes de volver a Europa, aprendiendo acerca del país, pero también refiriendo a otros las maravillas que había encontrado en su propio periplo. La cordial charla con el ilustre obispo de la Puebla de los Ángeles referida por el viajero no fue

¹ Giovanni Francesco Gemelli Careri, *Viaje a la Nueva España*, estudio preliminar, traducción y notas de Francisca Perujo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, 1983, p. 147. La relación de los viajes de Gemelli por China, Filipinas y Nueva España se publicó por primera vez en 1700 dentro de su *Giro del mondo*, Nápoles, 1699-1700, v. 4, 5 y 6.

probablemente la única sobre el “imperio de la China” que sostendría con interesados escuchas novohispanos. Las palabras de Gemelli son un testimonio, entre muchos otros, del creciente interés por el Asia Oriental entre los hombres de negocios, prelados, gobernantes y hombres de letras del más importante virreinato español en el Nuevo Mundo en un momento en que la relación entre ambas regiones estaba por comenzar a sufrir grandes cambios.

En efecto, a principios del XVIII la presencia novohispana en el continente asiático no era novedosa, como tampoco lo era la posición privilegiada del virreinato mexicano como punto de paso obligado para misioneros, oficiales reales, oidores y obispos en camino a las Filipinas y otros puntos del Pacífico asiático.² Sin embargo, el fortalecimiento de los intereses mexicanos en el Oriente en este periodo, en combinación con una serie importante de acontecimientos que estaban transformando en esa época las relaciones entre el Viejo y el Nuevo Mundo, no sólo darían mayor relevancia a la participación novohispana en el entramado de relaciones que atravesaba la mayor cuenca oceánica del mundo, sino que, durante la primera mitad del siglo, suscitarían en la conciencia criolla un renovado interés por lo asiático. Éste era visible en fenómenos tan diversos como los discursos político-económicos, el gusto artístico, la sed de noticias e información confiable y constante sobre el Oriente y el interés por contribuir a la expansión del mundo hispánico en esas lejanas regiones. Este trabajo busca profundizar en el estudio de algunas de esas manifestaciones en el periodo que se extiende desde finales del siglo XVII, momento que marca el comienzo del auge del control novohispano sobre la negociación del galeón de Manila, y 1762, año en que la crisis de la ruta comercial transpacífica se entrelaza con la general del poder imperial español, precipitada en el Pacífico por la toma de la capital de Filipinas por Gran Bretaña.

² Sobre los antecedentes del interés en Asia desde Nueva España, véase el caso del obispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza, y su obra sobre la caída de la dinastía Ming y el ascenso de los Qing, estudiado por Cuauhtémoc Villamar, “Juan de Palafox y China”, *Estudios de Historia Novohispana*, v. 52, enero-junio de 2015, p. 51-67.

En el centro del mundo

En 1694 se publicó el primer y único tomo que vería la luz de la *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, del jesuita criollo Francisco de Florencia (1620-1695).³ El frontispicio grabado de esta crónica (figura 1) es una compleja construcción iconográfica que demuestra la vocación universalista y misionera de la Compañía, manifiesta en la conversión de las Indias Occidentales y Orientales por la intercesión de dos de sus santos fundadores: Francisco de Borja (el general de la Compañía que envió a los jesuitas a Nueva España) y Francisco Xavier (el apóstol de las Indias por excelencia). Desde sus respectivos pechos, convertidos en espejos, el reflejo del espíritu inflamado de san Ignacio de Loyola se trasmite a los habitantes de ambos continentes. La imagen puede leerse sin duda como una expresión novohispana del formidable aparato propagandístico desplegado por los jesuitas para exaltar sus “triumfos” evangélicos por todo el mundo católico.⁴

No obstante lo anterior, resulta también notable que la parte central de la composición es ocupada por una representación del mundo en la que figura únicamente el hemisferio norte, y cuyo eje principal es a su vez una representación cartográfica de una Nueva España de desproporcionado tamaño, colocada en medio de los mares del Norte (el Atlántico) y del Sur (el Pacífico). Colocada así entre los dos mayores océanos de la Tierra, Nueva España se presenta, no sólo como reina del Nuevo Mundo, sino como un adecuado puente entre Oriente y Occidente (“*a solis ortu [...] usque ad occasum*”, como el ámbito de acción de los jesuitas, según la cartela en la parte superior del grabado del frontispicio). Tan peculiar disposición puede explicarse si se recuerda que el padre Florencia era también un encendido

³ Francisco de Florencia, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España, dividida en ocho libros. Dedicada a S. Francisco de Borja. Fundador de la provincia, y tercero general de la Compañía. Dispuesta por el...*, México, Juan Joseph Guillena Carrascoso, 1694, t. 1.

⁴ Antonio Rubial, “El papel de los santos jesuitas en la propaganda de la Compañía de Jesús en Nueva España”, *Historia Social*, n. 65, 2009, p. 147-165.

defensor de la grandeza de la tierra que le había visto nacer, especialmente frente a los ya entonces abundantes detractores de América.⁵ Desde inicios del siglo XVII un tema importante en el discurso patriótico criollo había sido precisamente la caracterización de la llamada “América mexicana” como confluencia y emporio del naciente comercio global entre Este y Oeste. Ya en 1604 Bernardo de Balbuena, en su *Grandeza mexicana*, parecía hacer un prenuncio de la elaboración iconográfica del frontispicio de la crónica del padre Florencia, al proclamar, refiriéndose a la capital novohispana, que

México al mundo por igual divide
Y como a un sol la tierra se le inclina
Y en toda ella parece que preside.
Con el Pirú, el Maluco, y con la China
El persa de nación, el scita, el moro,
Y otra si hay más remota o más vecina.
Con Francia, con Italia y su tesoro,
Con Egipto, el gran Cairo y la Suría,
La Taprovana y el Quersoneso de Oro.
Con España, Alemania, Berbería
Asia, Etiopía, África, Guinea,
Bretaña, Grecia, Flandes y Turquía.
Con todos se contrata y se cartea
Y a sus tiendas, bodegas y almacenes
Lo mejor de estos mundos acarrea.⁶

Lo que en los versos de Balbuena era todavía una aspiración en trance de cumplirse, noventa años después se había vuelto la realidad visible del comercio asiático con Nueva España, como se desprende de un fragmento hasta hace poco inédito de la men-

⁵ La más reciente y comprensiva evaluación de Florencia y su obra es la de Jason Dyck, “The Sacred Historian’s Craft: Francisco de Florencia and Creole Identity in Seventeenth-Century New Spain”, tesis doctoral, Universidad de Toronto, Departamento de Historia, 2012.

⁶ Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, ed. facsimilar, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1927, f. 77v-78r. He modernizado la ortografía de ésta y de todas las citas.

cionada crónica del padre Florencia, dejado fuera de la publicación de 1694 por el rigor de la censura de sus superiores.⁷ En esas páginas, el jesuita destacaba el papel de la Nueva España y sus minas como fuente superabundante de plata y como un emporio de riquezas que se bastaba solo para sustentar el comercio atlántico de España y de todas las naciones extranjeras que sacaban ventaja de él, y para “proveer a Filipinas en cantidad de más de cuatro millones [de pesos] que la nao o naves llevan sin falta todos los años para situado de la milicia de aquellas islas, y para fomentar y mantener aquel rico comercio [...]”.⁸

Las entusiastas apreciaciones del padre Florencia acerca del especial lugar de la Nueva España como eslabón en los flujos mercantiles y de metales preciosos de la llamada “primera globalización” no carecían de sustento. Además, tal y como lo refleja su señalamiento acerca del comercio con Filipinas, hacia finales del siglo XVII éste pasaba por un momento especial. Como han mostrado fehacientemente los estudios de Carmen Yuste,⁹ por los mismos años en que se publicaba la obra de Florencia, y a lo largo de las primeras décadas del siglo XVIII, los poderosos monopolistas agrupados corporativamente en el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México emprendían un agresivo movimiento para controlar el comercio del galeón de Manila, pertrechados en la liquidez que les proporcionaba su control de los circuitos de producción de la plata en Nueva España y en su habilidad para circunvenir la legislación real que les prohibía participar en la cargazón de la Nao. A través de testaferros, o incluso personalmente como oficiales del Galeón o avecindados en Manila, los almaceneros de México y sus intereses se hicieron directamente presentes en el lejano Oriente y contribuyeron a consolidar una compleja articulación de los espacios marítimo-

⁷ Fue publicado por Jason Dyck, “La parte censurada de la *Historia de la provincia* de Francisco de Florencia”, *Estudios de Historia Novohispana*, v. 44, 2011, p. 141-188.

⁸ Jason Dyck, “La parte censurada...”, p. 180.

⁹ Carmen Yuste López, *Emporios transpacíficos. Comerciantes mexicanos en Manila, 1710-1815*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007.

comerciales a lo largo del litoral americano del Pacífico, desde Acapulco hasta El Callao.

El virreinato mexicano trascendió así por mucho su tradicional papel de puerta de entrada al Pacífico hispánico, asumido desde la fundación de la colonia asiática y el establecimiento de la nao. De tal manera, como categóricamente afirma Yuste, Manila se convirtió entonces en

un espacio más de acción del capital novohispano, y en su entorno los comerciantes mexicanos llevaban sus negocios y tratos mercantiles como si Filipinas, sin océano de por medio, fuera una región adosada al virreinato novohispano, siendo incluso más fácil y provechosa la inversión en Manila que en provincias de Nueva España distantes de la ciudad de México.¹⁰

Prospectos de comercio y reforma

En medio de ese contexto, durante las décadas que precedieron a la crisis dinástica española de 1700, el virreinato mexicano (al igual que los demás dominios españoles en América y Asia) había sido crecientemente objeto de mención, descripciones e interés en tratados y folletos diversos conforme se perfilaba la crisis sucesoria en la monarquía hispánica y las potencias europeas se planteaban su reparto. Luego, la Guerra de Sucesión Española y, sobre todo, las negociaciones que llevarían a la Paz de Utrecht, producirían una nueva avalancha textual sobre América. Ésta se manifestó, por una parte, en forma de prospectos de inversión y planes para la conquista total o parcial y la explotación de las riquezas de los reinos indios en provecho de la Gran Bretaña; por otra, como extensas descripciones de objetivos militares y

¹⁰ Carmen Yuste López, “Allende el mar. Los intangibles confines de la negociación mexicana en Manila durante el siglo XVIII”, en Martha María Manchado López y Miguel Luque Talaván (coords.), *Fronteras del mundo hispánico. Filipinas en el contexto de las regiones liminares novohispanas*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2011, p. 246.

económicos hispanoamericanos de primer orden para los intereses de Francia.

De cara a estos acontecimientos, las elites económicas y políticas de la América hispánica no se limitaron a ser objeto pasivo de las ambiciones de las grandes potencias. La literatura económica y política europea sobre las Indias y las ideas de corte mercantilista contenidas en ella encontraron su camino hasta las manos y las reflexiones que los propios súbditos novohispanos de España comenzaron a dedicar a la ponderación del potencial económico de su tierra. La legalización de la penetración comercial inglesa con el Asiento de Negros de la South Sea Company habría de tornar urgente la revisión del estado general del virreinato de cara a una agresiva competencia por el control de algunos de los más lucrativos circuitos mercantiles del continente. La necesidad de ello sería aún más visible luego de la puesta en marcha de los primeros proyectos de reforma del marco imperial español con Felipe V, bajo los ministerios del cardenal Giulio Alberoni (1716-1719) y de José Patiño (1725-1736). La redefinición del marco imperial hispánico abriría así la ventana a una renovada ambición de protagonismo económico, militar, político e intelectual de las oligarquías coloniales, que influiría no poco en los procesos reformistas de la segunda mitad de la centuria.¹¹

En esta situación emerge la clara constatación de una preocupación criolla por el futuro de la monarquía en la figura y pensamiento del oidor Juan Manuel de Oliván Rebolledo (1676-1738). Marcado sin duda por la experiencia de una estancia de cinco años en España en plena Guerra de Sucesión, de la que había vuelto con una biblioteca que llama la atención por sus destellos de modernidad, Oliván sería la eminencia gris detrás de las juntas de Real Hacienda convocadas por el virrey marqués de Casafuerte entre 1727 y 1730 atendiendo al requerimiento del

¹¹ Una visión reciente de la creciente relevancia de las Indias españolas a partir del conflicto sucesorio español en Iván Escamilla González, Matilde Souto y Guadalupe Pinzón (eds.), *Resonancias imperiales. América y el Tratado de Utrecht de 1713*, México, Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2015.

ministro Patiño de un diagnóstico de la fiscalidad colonial. Las expresiones del magistrado criollo a favor de la reapertura del comercio entre Nueva España y el Perú no eran del todo originales, pues no era la primera ocasión en que se expresaba un proyecto semejante, pero sí eran pioneras en la formulación de lo que, sin lugar a dudas, Oliván avizoraba como el posicionamiento estratégico de Nueva España dentro del conjunto de las posesiones ultramarinas de la monarquía católica.

La postura de Juan Manuel de Oliván estaba, por otra parte, en línea con los grandes intereses del Consulado de México en el comercio asiático, en tanto que su propuesta de complementariedad económica entre los dos virreinos americanos contemplaba inequívocamente la reexportación al Perú de los textiles venidos a México en el galeón de Manila. Ésta fue, con toda probabilidad, una de las principales razones por las que el proyecto desarrollado por Oliván fue rechazado por el ministerio de Patiño, atento más bien a la preocupación del comercio gaditano por la saturación de los mercados coloniales debido a la presencia de las mercancías del galeón.¹² Aunque sin la misma articulación que Oliván en su propuesta, los monopolistas mexicanos persistirían hasta la década de 1740 en su búsqueda de oportunidades para reforzar su presencia asiática ante lo que se avizoraba ya como una inminente crisis del comercio con Filipinas.¹³

Si bien la presión de los fuertes intereses de los monopolistas andaluces y los designios reformistas de los ministros borbónicos

¹² Véase Iván Escamilla González, *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española, 1700-1739*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011, p. 228-275.

¹³ Por ejemplo, la inclusión del comercio de Filipinas por los monopolistas mexicanos en las negociaciones con el virrey conde de Fuenclara sobre el incremento de la alcabala en Nueva España en 1744. Véase Iván Escamilla González, "Urgencia militar e imposiciones fiscales: la renta de alcabalas en la Junta de Arbitrios de Real Hacienda de Nueva España, 1744", en María del Pilar Martínez López-Cano, Matilde Souto Mantecón y Ernest Sánchez Santiró (coords.), *La fiscalidad novohispana en el imperio español. Conceptualizaciones, proyectos y contradicciones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2015.

impidieron finalmente durante el reinado de Felipe V la concreción de las ambiciones americanas sobre un reestructurado comercio con Asia y el Pacífico, el discurso criollo que anhelaba fortalecer el papel novohispano en ese espacio no se debilitó. Desde los mismos años del conflicto dinástico se había hecho manifiesta la intención novohispana de participar decididamente en la defensa de ese ámbito tan vasto como desamparado de la monarquía en contra de las potencias rivales. Expresión simbólica de ello es la que posiblemente fuera la única victoria española obtenida en un hecho de armas en el Pacífico durante la Guerra de Sucesión: la derrota del corsario inglés Woodes Rogers en su intento de capturar el galeón de Manila titulado *Nuestra Señora de Begoña* a principios de 1710, cerca de las costas de la Baja California. No en balde el comandante del galeón, Fernando de Angulo, atribuyó su triunfo a la intercesión de la virgen de Guadalupe de México, e hizo celebrar el mismo año en el santuario del Tepeyac una solemne acción de gracias en la que el predicador, el jesuita Juan de Goicoechea, puso a la monarquía bajo los auspicios de la advocación mexicana.¹⁴

La realidad de los limitados recursos de la Hacienda Real y de la pobre estructura defensiva de las propias costas del virreinato dificultaba que semejante anhelo se volviera realidad.¹⁵ En cambio, en una época caracterizada por el impulso de cambio y restauración en todos los órdenes surgido en los últimos años de los Austrias tanto en España como en las Indias, las energías americanas podían bien dirigirse a hacer de Nueva España la “metrópoli”, no sólo comercial, sino también reformista del Asia

¹⁴ Sobre el episodio del *Begoña* y el sermón de Goicoechea, véase Iván Escamilla González, “Yolloxóchitl y flor de lis: Nuestra Señora de Guadalupe de México, patrona de la monarquía española (1710-1810)”, en *Madre de la Patria. La imagen guadalupana en la historia mexicana*, catálogo de exposición, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, 2010, p. 24-25.

¹⁵ Véase una exposición de esta problemática defensiva y el ejemplo de una propuesta surgida del ámbito novohispano en Guadalupe Pinzón Ríos, “Patrullajes marítimos en el occidente de la Nueva España. Propuesta naval, defensiva y comercial de un funcionario novohispano (1742)”, *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, v. 33, n. 1, invierno de 2017, p. 66-93.

hispanica. En su biografía del jesuita Juan Antonio de Oviedo (1670-1757) publicada en 1760,¹⁶ su correligionario Francisco Xavier Lazcano dedicó un interesante capítulo a relatar las peripecias experimentadas por Oviedo como visitador de la provincia filipina de la Compañía de 1722 a 1724. Al llegar a Manila, Oviedo encontró una imagen del caos:

parecíale que veía una semejanza del cenáculo de los apóstoles en el día de Pentecostés, por la diversidad de naciones y lenguas: pues además de los españoles, señores del país, y los tagalos, que son los naturales de la tierra, hay otros muchos indios de las islas de diferentes idiomas, como son los pampangos, los camarines, los visayas, los ilocos, los pangasmanes, y cagayanes. Hay criollos o morenos, que son negros atezados, naturales de la tierra. Hay muchos cafres, y otros negros de Angola, Congo y el Africa. Hay negros del Asia, malabares, coromandelos, y canarines. Hay muchísimos sangleyes, o chinos, parte cristianos, y la mayor parte gentiles. Hay ternateses, y mardicas. Hay algunos japones, borneyes, timores, bengalas, mindanaos, joloos, malayos, javos, siaos, tidores, cambadas, mogoles, y de otras islas, y reinos del Asia. Hay bastante número de armenios, algunos persas, y tártaros, macedones, turcos y griegos. Hay gente de todas las naciones de Europa, franceses, alemanes, holandeses, genoveses, venecianos, irlandeses, ingleses, polacos y suecos. Hay de todos los reinos de España y de toda la América. De donde se origina lo que lamentaba el grande pontífice San León de la antigua dominante Roma, que por ser ciudad de todo el orbe, se había transformado en escala de los universales errores; así era de natural, que siendo Manila hospicio de las naciones, diera pasaporte a los defectos y vicios generales.¹⁷

En la narración de Lazcano, la estancia de Oviedo en las Filipinas, al fortalecer el apostolado de la Compañía y su influencia benéfica sobre la sociedad, hace las veces de la visita que, insinúa, la

¹⁶ Francisco Xavier Lazcano, *Vida ejemplar y virtudes heroicas del venerable padre Juan Antonio de Oviedo, de la Compañía de Jesús. Escrita por el padre..., de la misma Compañía, prefecto de la muy ilustre Congregación de la Purísima Concepción del Colegio Máximo de México*, México, Imprenta del Colegio de San Ildefonso, 1760.

¹⁷ Xavier Lazcano, *Vida ejemplar...*, p. 193.

Corona hubiera tenido que enviar al archipiélago para remediar los males que habían resultado en la conmoción que tres años antes, en 1719, le había costado la vida al gobernador Fernando de Bustillo Bustamante (“no se suple la experiencia por los informes de los prácticos —dice Lazcano— porque los juiciosos se retiran, y la verdad limpia no se encuentra en las fuentes bulliciosas que cercan y convidan en sus lisonjeras aguas al superior peregrino”).¹⁸ Oviedo, afirma el biógrafo, no sólo remedió los males de la provincia jesuítica y sus misiones, sino que con “amorofo desvelo” procuró los intereses filipinos, logrando que el castellano de Acapulco tratara con “moderación” (fiscal, se entiende) a “los navegantes de Filipinas”, además de negociar con el virrey marqués de Casafuerte “utilidades oportunas y favorables a los comerciantes del Asia”, y de convencer al arzobispo electo de Manila, el criollo poblano Carlos Bermúdez de Castro, para que en 1728 “emprendiese animoso el viaje”, que había retrasado ya varios años, para tomar posesión de su mitra y atender a su grey.¹⁹

Aquel apostólico ministerio

Sería precisamente una vía de acción espiritual la que daría mayor sustento a las pretensiones mexicanas en Oriente: la de los misioneros que desde Nueva España se lanzaban a la difícil tarea

¹⁸ Xavier Lazcano, *Vida ejemplar...*, p. 191. Lazcano incluso afirma que Oviedo tuvo conocimiento de los responsables de la conspiración que resultó en el asesinato del gobernador Bustamante: “sabíamos cómo el padre se hallaba plenamente noticioso de los autores e incidentes de la alevosa muerte que el tumultuado pueblo de Manila dio a su gobernador Bustamante; y con todo, pasados ya cerca de 30 años del trágico suceso, no se le podía sacar ni aun alguna confusa relación de el hecho”, p. 82.

¹⁹ Bermúdez de Castro, canónigo de la catedral de México y provisor y vicario general de su arzobispado, había sido presentado por Felipe V como arzobispo de Manila desde 1721 y se le expidieron las bulas correspondientes en 1724, pero no se embarcó a su sede hasta 1728: *Gacetas de México. Castorena y Ursúa (1722) – Sahagún de Arévalo (1728-1742)*, int. de Francisco González de Cossío, 3 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1949-1950, *Gazeta de México*, n. 3, marzo de 1728, v. 1, p. 85. Todas las referencias a la *Gazeta* se harán por el número, fecha, volumen y página de esta edición.

de expandir la cristiandad en Asia. Una gran tabla conservada en una colección particular mexicana, realizada con la técnica de enconchado y firmada en México en 1703 por el pintor Juan González, con la representación de san Francisco Xavier embarcándose hacia la conquista espiritual de la “Gran China”, da cuenta puntual de la manera en que la empresa evangélica era vista desde Nueva España a principios del siglo XVIII (figura 2).²⁰ En la obra es notable el absoluto dominio de la técnica oriental de la concha nácar embutida en combinación con la pintura al óleo como recurso expresivo al servicio de los lenguajes plásticos de la tradición pictórica novohispana.²¹ Es, sin embargo, en el empleo dado por González a su modelo iconográfico (un grabado del flamenco Cornelis Bloemaert) donde la intencionalidad de su obra comienza a traslucir. En la composición original, el santo jesuita contempla Asia, desde China hasta la costa de Coromandel, en un gran mapa que le ofrecen cuatro personajes sin mayor caracterización que un genérico aspecto oriental. En la tabla mexicana estos personajes se han transformado nada menos que en alegorías de los cuatro continentes del orbe.²²

²⁰ Agradecemos a la doctora Sofía Sanabrais, de la Universidad de California, por permitirnos utilizar la fotografía que tomó a esta obra con posterioridad a su reciente restauración, que ha permitido recuperar la riqueza de su cromática original.

²¹ Sobre los González, pintores novohispanos especialistas en la técnica del enconchado, véase Sonia I. Ocaña Ruiz, “Nuevas reflexiones sobre las pinturas incrustadas de concha y el trabajo de Juan y Miguel González”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, v. XXXV, n. 102, 2013, p. 125-176. La asimilación de lo asiático como fuente de elementos útiles para la diferenciación de la identidad novohispana en el contexto de la más amplia identidad hispánica ha sido adecuadamente analizada por Gustavo Curiel, “Perception of the Other and the language of ‘Chinese mimicry’ in the decorative arts of New Spain”, en Donna Pierce y Ronald Otsuka (eds.), *Asia and Spanish America. Trans-Pacific Artistic and Cultural Exchange, 1500-1850*, Denver, Denver Art Museum, Mayer Center for Pre-Columbian and Spanish Colonial Art, 2009, p. 19-36.

²² La composición original de Cornelis Blomaert (1603-1692), que ilustra la *Istoria della Compagnia di Gesù* (Roma, 1650-1673) del jesuita Daniello Bartoli, puede verse en Jaime Cuadriello, “Xavier Indiano o los indios sin apóstol”, en Ricardo Fernández Gracia (coord.), *San Francisco Javier en las artes. El poder de la imagen*, Pamplona, Fundación Caja Navarra, 2006, p. 215.



Figura 2. Juan González, *San Francisco Xavier embarcándose rumbo a Asia*, óleo y enconchado sobre tabla, 1703, colección privada.

Fotografía: Sofía Sanabrais

El propósito de ensalzar de esta manera la evangelización del Oriente termina de revelarse al prestar atención a la cartela colocada en el registro inferior. La comitente Ana Rodríguez de

Madrid era miembro de una destacada familia de mercaderes criollos dedicados a la negociación de plata y a la compraventa de oficios, parte del grupo de negociantes que desde finales del siglo XVII se desplazaron de Nueva España a Filipinas en busca de mayores oportunidades de enriquecimiento. Además, los servicios pecuniarios a Felipe V de su hermano Sebastián Antonio le valieron a éste el otorgamiento del título de marqués de Villamediana en 1713.²³ El hijo de Sebastián Antonio y segundo marqués, Felipe Rodríguez de Madrid, siguió en tal sentido los pasos de su padre y, tras haber sido regente del Tribunal de Cuentas de México y corregidor de Zacatecas, se mudó al archipiélago asiático, donde se matriculó en el comercio de Manila y fue dos veces general de la Nao, así como secretario del gobernador José Francisco de Ovando manteniendo así su posición como una de las cabezas de la elite mercantil de la ciudad hasta su muerte en 1768.²⁴ Por medio del uso de la iconografía xaveriana y la cartografía, la obra de Juan González resultaba ser casi una definición programática de las expectativas de las elites criollas acerca del Lejano Oriente como teatro de su anhelada prosperidad material, justificada a través del apoyo desde Nueva España a la expansión del catolicismo, del mismo modo que la monarquía española había fundado siempre su pretensión de soberanía sobre las Indias.

El binomio comercio y misión alimentó el interés novohispano en Asia en el proyecto más notable para la creación de una

²³ Sebastián Antonio nació en 1675 y murió en 1732. Acerca de la familia, fortuna y ennoblecimiento de los Rodríguez de Madrid, véase María del Mar Felices Fuentes, *La nueva nobleza titulada de España y América en el siglo XVIII (1701-1746). Entre el mérito y la venalidad*, Almería, Universidad de Almería, 2012, p. 379; también la ficha sobre esta obra de Juan González en Donna Pierce, Rogelio Ruíz Gomar y Clara Bargellini (eds.), *Painting a New World. Mexican Art and Life 1521-1821*, Denver, Denver Art Museum, 2004, p. 189; Iván Escamilla, *Los intereses...*, p. 321.

²⁴ Sobre la carrera y los negocios asiáticos de Felipe Rodríguez de Madrid (nacido en México en 1711), véase Yuste López, *Emporios...*, p. 112-113; también Michel Bertrand, *Grandeza y miseria del oficio. Los oficiales de la Real Hacienda de la Nueva España, siglos XVII y XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2011, p. 51, 351, 440.

esfera de información pública y un conducto permanente de información entre las élites letradas del virreinato en la primera mitad del siglo XVIII: la *Gazeta de México*, editada en la capital del virreinato por Juan Francisco Sahagún de Arévalo, primero entre 1728 y 1740 y, después, durante 1742. Si la *Gazeta* de Sahagún de Arévalo fue, como he propuesto en otra parte, un importante impulso para la creación de las condiciones de intercambio de información y opiniones que permitieron el surgimiento de la Ilustración en Nueva España,²⁵ entonces debe admitirse que la reproducción habitual de noticias del Pacífico asiático en esa publicación a partir de 1731 tuvo un valor tanto o incluso más importante que las que se ofrecían de España y Europa.

En efecto, mientras que estas últimas se reproducían de las gacetas impresas en Madrid y venidas habitualmente a través del Atlántico en las flotas, avisos y azogues, las noticias sobre Filipinas y sobre la Gran China y su región publicadas por Sahagún de Arévalo en la *Gazeta de México* provenían claramente de activas corresponsalías que aprovechaban bien la ocasión del envío anual a Acapulco del galeón de Manila para proporcionar al editor material suficiente como para llenar las secciones de “Asia” o “China”, a veces durante varios números seguidos de la *Gazeta*. Esta forma de trabajo con las corresponsalías continuó hasta que la carestía de papel en Nueva España, provocada por la Guerra de la Oreja de Jenkins con Gran Bretaña a partir de 1739, interrumpió la publicación de la *Gazeta* en 1740 e hizo desaparecer las noticias asiáticas de los *Mercurios* con los que Sahagún intentó, sin éxito, reanudar su labor periodística en 1742.

Por el carácter de la información, en la que, al lado de las noticias civiles y eclesiásticas de Manila y los otros obispados de Filipinas, figuran prominentemente las referencias a la actividad

²⁵ Iván Escamilla González, “La élite letrada eclesiástica y la cultura de la controversia, primera mitad del siglo XVIII”, en Pilar Martínez López-Cano y Francisco J. Cervantes Bello (coords.), *Expresiones y estrategias: la Iglesia en el orden social novohispano*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas (en prensa).

misionera en el archipiélago y el continente, podemos saber que Sahagún contaba entre sus corresponsales a miembros de las provincias del clero regular presentes en Manila, con más precisión, de la de franciscanos descalzos de San Gregorio y la de dominicos del Santísimo Rosario. Gracias a ellos, el público lector novohispano pudo estar al tanto del curso de la sucesión imperial de la dinastía manchú o Qing en China entre los reinados de Kangxi (1662-1722), Yungzheng (1723-1735) y Qianlong (1736-1795),²⁶ así como de la cambiante política de cada emperador respecto de los misioneros católicos. De la misma manera, Sahagún podía ofrecer noticias acerca de la inestable situación política del sureste asiático durante el periodo y sobre las consecuencias que para la labor evangelizadora tenían los conflictos entre los estados de Tonkín, Conchinchina y Camboya.²⁷

La información así presentada claramente tenía un importante valor propagandístico para las órdenes religiosas a las que pertenecían los corresponsales de la *Gazeta*, exaltando su prestigio entre el público letrado y alentando entre sus potenciales benefactores novohispanos el deseo de apoyar materialmente la actividad misionera en Asia. Incluso luego de la suspensión de la publicación de la *Gazeta*, debió de persistir en la mente de los lectores novohispanos la imagen de la evangelización de China como obra de un puñado de héroes que, desafiando las prohibiciones imperiales y las persecuciones de los mandarines locales, continuaban erigiendo altares y bautizando a cientos de neófitos, según se desprendía de documentos como una “Noticia de los sucesos felices de la China, que envió el R. P. Fr. Juan Rino de Brozas”, ministro provincial de la provincia de San Gregorio de franciscanos descalzos, íntegramente publicada por la *Gazeta* en junio de 1737. La “Noticia” copiaba la relación dada en 1733 por fray Juan de Villena, “predicador y misionero apos-

²⁶ Las noticias sobre las sucesiones imperiales aparecen en los siguientes números: 40, marzo de 1731, v. 1, p. 317 (sucesión de Kangxi a Yungzheng); 110, enero de 1737, v. 3, p. 7-8 (sucesión de Yungzheng a Qianlong).

²⁷ Véanse, por ejemplo, las noticias políticas y misionales del reino de Tonkín, remitidas a la *Gazeta* por el dominico fray Bartolomé Sabuquillo: n. 41, abril de 1731, v. 1, p. 323.

tólico en este imperio de la Gran China”, que enumeraba todas las iglesias construidas en la provincia de Xantung; otra de los 3 mil 880 niños y adultos bautizados por los tres religiosos franciscanos en la misma provincia de 1728 a 1733, pese a hallarse “ocultos, sin otros que salen a tiempos desde Macao a correr también las provincias interiores a costa de innumerables trabajos, peligros y continuados sustos”. La “Noticia” concluía con una certificación dada en 1734 por fray Francisco de la Concepción, “predicador misionero apostólico y comisario provincial de la misión seráfica”, de las iglesias levantadas y bautizos logrados por los cinco misioneros residentes en el reino de la Cochinchina.²⁸

Un resultado notable de la construcción a través de esta clase de medios de la imagen de Asia y de la conciencia criolla sobre el papel de la Nueva España de cara a la presencia hispánica en el Pacífico lo constituye sin duda la reacción que provocó la presencia en el virreinato, entre 1754 y 1755, de un ilustre visitante cuya estancia pareció hacer realidad para los habitantes de la ciudad de México lo que sólo conocían a través de las *Gazetas*. Para entender lo ocurrido es preciso señalar que en 1742 el papa Benedicto XIV, a través de la bula *Ex quo singulari*, había puesto punto final a la ruidosa Controversia de los Ritos Chinos al prohibir totalmente bajo juramento a los misioneros la inclusión en el ritual católico de las ceremonias de culto a Confucio y a los antepasados, que los jesuitas habían permitido desde el siglo XVII como un aliciente para la conversión de la clase letrada imperial.²⁹ En Europa la bula fue aplaudida como un valiente acto de autoridad del más ilustrado pontífice que había tenido la Iglesia para el restablecimiento de la pureza del dogma y la liturgia y en contra de las supersticiones introducidas por la insubordinación jesuítica. En cambio, en China su promulgación no podía ser más inoportuna: los reinados de los emperadores Kangxi

²⁸ N. 115, junio de 1737, v. 3, p. 39-41.

²⁹ Sobre la cuestión de los ritos y las misiones, véase Jacques Gernet, *Primeras reacciones chinas al cristianismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 227-234; Joseph Krahl, *China missions in crisis. Bishop Laimbeckhoven and his times 1738-1787*, Roma, Gregorian University Press, 1964, p. 29-48.

y Qianlong se habían destacado por la ferviente adopción por los manchúes de las tradiciones culturales y filosóficas chinas, con la consiguiente represión de toda disidencia religiosa ajena a la moral neoconfuciana oficial.³⁰ El decreto de Benedicto XIV fue entendido como una prueba irrefutable del desprecio de los occidentales hacia las leyes del país, y el resultado fue el inicio, en 1746, de una acérrima persecución de las misiones y de los conversos cristianos que golpeó a todas las órdenes presentes en China.

Particularmente trágica fue, dentro de esa persecución, la prisión y ejecución, entre 1747 y 1748, de los religiosos dominicos españoles Pedro Mártir Sanz, Francisco Serrano —vicarios apostólicos en la provincia de Fokien con título de obispos *in partibus infidelibus*—, Juan Alcober, Francisco Díaz y Joaquín Royo. La historia de la muerte de los que de inmediato fueron llamados mártires se conoció bien pronto gracias a que la provincia dominica del Santísimo Rosario de Filipinas, a través de su provincial el aragonés fray Francisco Pallás y Faro (1706-1778), dio muy pronto a las prensas en Manila y difundió por España y sus dominios diversas relaciones de estos sucesos.³¹

³⁰ Sobre la política de los emperadores Qing del siglo XVIII, véase Jacques Gernet, *El mundo chino*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 423-440.

³¹ Fray Francisco Pallás y Faro, *Relación del martirio de los vv. pp. el Illmo. Sr. D. Fr. Francisco Serrano, Obispo Tipasitano, y Vicario Apostólico de la Provincia de Fokien, fray Juan Alcober, fray Joaquín Royo y fray Francisco Díaz, misioneros del Orden de Predicadores; persecución de algunos religiosos de N. P. S. Francisco, entre ellos dos Ilustrísimos obispos; martirio de dos padres de la Compañía de Jesús; y otros sucesos en el imperio de la China y sus provincias*, Valencia, Joseph García, 1750, versión en línea en Google Books, <https://books.google.com.mx/books?id=nlGrZYEj6VEC&dq=francisco%20pallas&hl=es&pg=PA1#v=onepage&q=francisco%20pallas&f=false>, consultado el 1 de diciembre de 2015. Una amplia reseña del martirio de los dominicos en fray Juan Ferrando y fray Joaquín Fonseca, *Historia de los padres dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones del Japón, China, Tung-kin y Formosa, que comprende los sucesos principales de la historia general de este archipiélago, desde el descubrimiento y conquista de estas islas por las flotas españolas, hasta el año de 1840*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1871, v. 4, p. 463-517, versión en línea en Internet Archive, <https://archive.org/details/historiadelosppd04ferr> (consultado el 1 de diciembre de 2015). Sanz, Serrano y sus compañeros fueron beatificados en 1893 y canonizados en el año 2000.

Enviado como procurador de su provincia a Roma en 1753, el padre Pallás dio cuenta personalmente a Benedicto XIV de los desastres acaecidos a la cristiandad en China, y el pontífice decidió nombrarlo a su vez vicario apostólico de Fokien con el título de obispo de Sinópoli. Ordenado obispo por el Cardenal Portocarrero, embajador de Fernando VI ante la Santa Sede, Pallás emprendió el camino a China por la ruta de Nueva España.³² Tras salir de Cádiz en abril de 1754, entró en la ciudad de México en julio de ese mismo año, donde se entrevistó con el virrey conde de Revillagigedo y con el arzobispo Manuel Rubio y Salinas, y eligió como lugar de su residencia el convento de San Jacinto en el pueblo de San Ángel (casa perteneciente a su provincia dominica) en tanto llegaba a Acapulco un Galeón que lo condujera a Filipinas.³³

De inmediato la presencia de Pallás suscitó la curiosidad e interés de los habitantes de la capital en todos los actos en los que participó, según lo testimonia el seguimiento puntual de sus actividades en el diario de sucesos notables de José Manuel de Castro Santa Anna. Algunas de las funciones en que participó fueron mucho más exclusivas, como la ceremonia del 20 de octubre de 1754 en la que se realizó la consagración episcopal de Buenaventura Blanco y Helguero como obispo de Oaxaca y del franciscano Manuel Matos de la Concepción como obispo de Nueva Cáceres. La misa fue celebrada en la iglesia de San Diego de Tacubaya por el arzobispo Rubio, asistido por Pallás y por el deán de la catedral de México, y en ella fungieron como padrinos nada menos que el castellano de Acapulco, el coronel Juan Eu-

³² Véanse las noticias biográficas de Pallás que ofrece Félix de Latassa y Ortín, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1753 hasta el de 1795*, Pamplona, Oficina de Joaquín de Domingo, 1801, v. V, p. 267-271. versión en línea en Google Books, https://books.google.com.mx/books?id=ZUYCAAAAQAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q=pallas&f=false (consultado el 4 de agosto de 2015).

³³ José Manuel de Castro Santa-Anna, “Diario de sucesos notables, escrito por D. José Manuel de Castro Santa-Anna, y comprende los años de 1752 a 1758”, en *Documentos para la historia de Méjico*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1854, t. V, p. 13.

sebio Gallo, y el conde de Santiago de Calimaya.³⁴ Otras ceremonias, en cambio, atrajeron gran cantidad de público a la iglesia del convento de Santo Domingo de México: cuando cantó misa de pontifical en la fiesta del santo titular de la orden, el 4 de agosto de 1754; su asistencia a la celebración de la virgen del Rosario, el 6 de octubre del mismo año; o la consagración de la renovación de la propia iglesia, efectuada por Pallás el 23 de enero de 1755, “función que principió al amanecer y terminó a las once del día; pusieron en las puertas guardias para que solo entrasen personas decentes y que la gente vulgar no impidiese con su muchedumbre el manejo de acto tan serio”.³⁵ El obispo Pallás dejó finalmente la ciudad de México el 5 de febrero de 1755 y, después de detenerse en los pueblos a lo largo de su camino a Acapulco para realizar confirmaciones, se hizo a la vela en Acapulco el 26 de marzo de ese mismo año en el galeón *Nuestra Señora del Pilar*.³⁶ Desde Filipinas, por la vía de Batavia, llegó finalmente a su diócesis en enero de 1757.

El recuerdo de la estancia de fray Francisco Pallás seguiría vivo durante mucho tiempo en la Nueva España, en donde su visita sin duda contribuyó a reavivar el interés criollo en Asia y sus misiones. Como curiosa muestra de ello aún existen testimonios de las solicitudes que se le hicieron para conceder, mediante las facultades apostólicas de las que estaba investido, indulgencias y otros privilegios espirituales para diferentes imágenes religiosas. En el ex convento de San Diego de Churubusco existe una imagen de la virgen del Rosario de gran calidad pictórica, firmada por el artífice mexicano Nicolás Rodríguez Juárez (1666-1734), posiblemente una *vera effigies* o copia pictórica de la que existía en la capilla de su advocación en Santo Domingo de México, y que parece provenir del desaparecido convento de recolección dominica de Nuestra Señora de la Piedad. Varios años habían transcurrido desde su hechura y de que colgaba en los muros del convento de la Piedad cuando Pallás, en vísperas

³⁴ Castro de Santa-Anna, “Diario de sucesos...”, p. 47.

³⁵ Castro de Santa-Anna, “Diario de sucesos...”, p. 21, 42, 89.

³⁶ Castro de Santa-Anna, “Diario de sucesos...”, p. 93, 106.

quizá de su salida a Acapulco, le otorgó la gracia que aún se recoge en una inscripción entonces añadida en el registro inferior de la pintura: “El Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Fray Francisco Pallás, Obispo Sinopolitano, Vicario Apostólico de Fokien, del Orden de Predicadores, concedió 40 días de indulgencias a quien rezare una Salve delante de esta Santa Imagen, año de 1755” (figura 3).³⁷

El Oriente cada vez más lejano

Para 1778, cuando el obispo Pallás murió en su diócesis, el viejo sueño novohispano de Asia tocaba su fin debido a la redefinición de las relaciones entre la metrópoli hispánica y sus dominios americanos y asiáticos. La negociación novohispana en Manila había sido denunciada durante décadas desde inicios del siglo XVIII tanto por los cargadores de la Carrera de Indias como por los productores manufactureros europeos (especialmente franceses) y sus agentes comerciales, todos interesados igualmente en el abastecimiento del mercado mexicano de textiles a través de las Flotas. El sinnúmero de intentos de regulación del comercio de Nueva España con Filipinas intentada por la Corona a lo largo de la primera mitad de la centuria se había estrellado constantemente contra las diferentes argucias y complicidades entre los vecinos de Manila, los almaceneros mexicanos y, en no menor medida, los tratantes extranjeros especialmente ingleses que extendían sus redes hacia el archipiélago e incluso hasta Nueva España como abastecedores de mercancías indias y de otras regiones de Asia.³⁸

³⁷ Sobre esta obra de Nicolás Rodríguez Juárez véase Paula Mues Orts, “La virgen del Rosario de Nicolás Rodríguez Juárez, un triple encuentro: la imagen, el pintor y el obispo”, en *Imágenes de la virgen. Colección Churubusco, siglos XVI-XVIII*, catálogo de exposición, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Museo Nacional de las Intervenciones, s. f., p. 47-54.

³⁸ Sobre la situación general del comercio de Filipinas en la primera mitad del siglo XVIII, véase Carmen Yuste López, “El eje comercial transpacífico en el siglo XVIII: la disolución imperial de una alternativa colonial”, en Carmen Yuste López y Matilde Souto Mantecón (coords.), *El comercio exterior de México*



Figura 3. Nicolás Rodríguez Juárez, *Virgen del Rosario*, óleo sobre tela, ca. 1730, Museo Nacional de las Intervenciones (Ex Convento de San Diego de Churubusco), Secretaría de Cultura-INAH, Ciudad de México, tomado de *Imágenes de la Virgen. Colección Churubusco, s. XVI-XVIII*, catálogo de exposición, México, INAH, s. f., p. 63

La situación resultante de la interrupción temporal del tráfico con Filipinas causada por la captura del galeón *Nuestra Señora de Covadonga*, realizada en 1743 por el comodoro George Anson, enfocó aún más en los años siguientes la atención de la Corona y sus ministros en la problemática de una colonia que ahora parecía pobre y escasamente provechosa a los ojos de la metrópoli. Pero sin duda la ocasión que precipitaría una verdadera reforma en su gobierno sería el asedio y captura de Manila por Gran Bretaña en septiembre-octubre de 1762 y su ocupación hasta 1764, durante la Guerra de los Siete Años. De ese desastre y sus consecuencias se responsabilizaría en buena medida al gobernador interino de las Filipinas y arzobispo de Manila, el criollo novohispano Manuel Antonio Rojo del Río Lubián y Vieyra, quien rindió la plaza ante el comandante británico William Draper.

Manuel Antonio Rojo representó, desde su llegada a Manila en 1759 hasta el aciago 1762, mucho de lo que hasta entonces había sido la proyección novohispana sobre el Pacífico asiático. Nacido en 1708 en Huichapan, al noreste del arzobispado de México, Rojo provenía de una acomodada familia terrateniente de la región, donde su padre, originario de los reinos de Castilla, ejerció varias veces como alcalde mayor. Los Rojo del Río gozaban al parecer de buenas relaciones con la Compañía de Jesús, por lo que a los once años de edad Manuel Antonio ingresó como colegial a San Ildefonso de México. A partir de ese momento, la tutela de los jesuitas alumbraría constantemente su carrera, en la que el poder económico de su familia y las recomendaciones de sus patrocinadores en México y en la corte de Madrid compensarían abundantemente sus escasos méritos académicos y pastorales. Gracias a ello pudo viajar a España a doctorarse y obtuvo prebendas en el cabildo metropolitano de México y otros cargos,³⁹ hasta que el 19 de diciembre de 1757 se le concedió a

1713-1850. Entre la quiebra del sistema imperial y el surgimiento de una nación, México, Instituto Mora, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Veracruzana, p. 21-33.

³⁹ Para la carrera de Rojo véase “Relación de méritos del Doctor Don Manuel Antonio Rojo”, Madrid, 6 de mayo de 1746, Biblioteca Nacional de España, versión en línea en Biblioteca Digital Hispánica, <http://bdh.bne.es/bnearch/>

Rojo, quien nunca había ejercido oficio parroquial o de cura de almas, el palio arzobispal de Manila en sustitución de fray Pedro Martínez de Arizala, fallecido en mayo de 1755.⁴⁰

Rojo se unía así al grupo de criollos novohispanos que antes que él habían gobernado la arquidiócesis manilense: Miguel de Poblete Casasola (1653-1667) y el ya mencionado Carlos Bermúdez de Castro (1721-1729). Como a este último, también hubo de convencerle el padre Juan Antonio de Oviedo de aceptar su presentación a esa mitra, “cuando fluctuaba congojoso y deseoso de conformarse con la voluntad de nuestro Señor, asegurando a su Ilustrísima que convenía para el bien de aquellas islas, nunca más afligidas, la asistencia de su persona, y el pastoral gobierno de su báculo”.⁴¹ No obstante, una vez vencidos sus temores, y tras su consagración el 24 de agosto de 1758 por su amigo y protector, el arzobispo de México Manuel Rubio y Salinas, Rojo se dio tiempo para emular el reciente viaje de fray Francisco Pallás de México a Acapulco rumbo a su embarque en la Nao, y aun para parar en marzo del mismo año en el real minero de Taxco para consagrar la deslumbrante parroquia de Santa Prisca, recién concluida gracias a la munificencia de José de la Borda.⁴² El nuevo arzobispo no viajaba solo: le acompañaba su sobrino Andrés Joseph Rojo y Calderón quien, siempre bajo la protección de su tío, ya en Filipinas obtuvo asiento de regidor perpetuo en el cabildo de Manila, donde casó con Ana María Rodríguez de Madrid, hija del ya

detalle/bdh0000125936 (consultado el 2 de abril de 2014); también Joaquín Meade, “Semblanza del Ilustrísimo Señor Doctor Don Manuel Antonio Rojo del Río Lafuente y Vieyra, Arzobispo de Manila, Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas, mexicano ilustre que propuso la fundación del Real Colegio de Abogados de la Ciudad de México”, s.l., s.e., 1960.

⁴⁰ Pilar Elordi Cortés, “Una visita pastoral del arzobispo Manuel Antonio Rojo a la diócesis de Manila (1760)”. *Missionalia Hispanica*, XXXVIII, 1981, p. 321-390.

⁴¹ Xavier Lazcano, *Vida ejemplar...*, p. 201.

⁴² Ana Ruiz Gutiérrez, “D. Manuel Antonio Rojo del Río Lafuente Lubián y Vieyra: su labor de mecenas en Filipinas y Nueva España durante el siglo XVIII”, en Carme López Calderón, María de los Ángeles Fernández Valle y María Inmaculada Rodríguez Moya (coords.), *Barroco iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, Santiago de Compostela, Andavira Editora, 2013, v. 1, p. 340.

mencionado Felipe Rodríguez de Madrid, segundo marqués de Villamediana, lo que le franqueó convenientemente las puertas para convertirse en un beneficiario más de la negociación transpacífica.

Debe decirse que Rojo, una vez instalado en Manila, buscó corresponder a las expectativas que se tenían de él, y seis meses después procedió a visitar su arzobispado. En la carta que escribió al rey enviando los autos de visita es perceptible su desolación ante una diócesis cuyas poblaciones se hallaban más separadas que unidas por “camino tan escabrosos y ásperos, algunos de ellos por ríos y travesías cortas de mar, que es necesaria robustez, paciencia, tiempo y no poca dilación y costos”, y hostilizadas por los moros. Los templos que visitó le parecían (a él, que había consagrado al culto los esplendores de Santa Prisca de Taxco) tan pobres que no podían llamarse “ni casas moderadamente decentes para la habitación de los hombres que entre ellos sean de alguna distinción o esfera”. Finalmente, las parroquias gozaban de cortísimos estipendios y rentas porque los alcaldes mayores descuidaban su deber de estrechar a los naturales a entregar su contribución para la manutención de los ministros; o cuando ésta se pagaba no era en metálico, sino en trabajo.⁴³

Rojo concluía su carta clamando para que la caridad del rey atendiese a la “abundancia de pobres” que tenía a su cuidado y que, a decir de los apologistas de Rojo, servirían al prelado de

dilatadísimo campo, en que poder explayarse su celo patronal en la visita de su diócesis, en la predicación de la Palabra Divina, en la largueza de las limosnas, en la extirpación de los vicios, en el exterminio de la ignorancia, en el consuelo de los afligidos, y por último en mil grandes ideas reducidas a lo importante de la práctica [...].⁴⁴

⁴³ Elordi Cortés, “Una visia pastoral...”, p. 328-330.

⁴⁴ Cayetano Antonio de Torres, “Aprobación”, en *Memorias fúnebres o exequias del Ilustrísimo Señor Dr. D. Manuel Antonio Rojo, Río y Vieyra, dignísimo arzobispo metropolitano de la Santa Iglesia de Manila... celebradas en su Santa Metropolitana Iglesia de Manila. Dispuestas por don Andrés Joseph Rojo y Calderón, sobrino de dicho Ilustrísimo Señor, su secretario, y teniente de gran caniller...*, México, Imprenta del Colegio de San Ildefonso, 1765.

No es fácil saber si en verdad Rojo tuvo tal celo en beneficio de sus súbditos espirituales, aunque, al menos en las ordenanzas para el gobierno de los curatos que promulgó en 1760, se aprecia el intento de aplicar en Filipinas un calco de uno de los proyectos de reforma que en Nueva España había emprendido con gran entusiasmo su amigo y protector el arzobispo Rubio desde 1753: el establecimiento de escuelas parroquiales de primeras letras para la enseñanza del castellano y la doctrina cristiana a los niños indígenas.⁴⁵

Como haya sido, no fue mucho el tiempo con que el arzobispo manilense contó para poner en práctica “mil grandes ideas”, si es que las tuvo. Como se sabe, una serie de casualidades llevaron al arzobispo Rojo a asumir en 1761 como gobernador y capitán general de las Filipinas, posición en que lo encontró la fuerza expedicionaria británica de Draper enviada contra Manila en septiembre de 1762. A la fracasada defensa de la ciudad se sumaría la no menos lamentable negociación sostenida por Rojo con los ingleses: no sólo consintió el prelado en firmar la transferencia de la soberanía de las Filipinas a Gran Bretaña, sino que, a cambio de la promesa de librar del saqueo a Manila, ofreció un pago de dos millones de pesos al que comprometió al erario del rey de España. Para desgracia de Rojo, los británicos faltaron a su palabra respecto del saqueo, y de inmediato sus actos fueron desconocidos por Simón de Anda, oidor de la Audiencia de Manila, quien se autoproclamó gobernador del archipiélago y desde el interior de Luzón encabezó la resistencia contra los invasores.

⁴⁵ Habla sobre la creación por Rojo de escuelas de primeras letras Manuel Joseph Cortés de Arredondo, *La voz del nombre vista en las obras del Ilustrísimo Sr. Dr. D. Manuel Rojo dignísimo arzobispo metropolitano de la Santa Iglesia de Manila... Oración panegírico-fúnebre en sus solemnes exequias que celebró su Venerable Deán y Cabildo gobernador en sede vacante de este arzobispado el día 8 de junio de este año de 1764...*, México, Imprenta del Colegio de San Ildefonso, 1765, p. 35. Cf. “Ordenanzas reformadas y adicionadas por SSI para la buena administración de los curas”, en Elordi Cortés, “Una visía pastoral...”, p. 352-355, y Dorothy Tanck de Estrada, *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, p. 158-160.

Pese a que los españoles recuperarían finalmente el control de Manila, las acciones del arzobispo fueron duramente juzgadas por la Corona, que lo responsabilizó del desastre y decretó la confiscación de sus bienes. Manuel Antonio Rojo murió, como se decía entonces, enfermo de “melancolía” el 30 de enero de 1764, conservando pocas lealtades, entre ellas la de los jesuitas, única orden religiosa que en el trance de 1762 se mantuvo fiel a “su más amartelado discípulo”: el arzobispo.⁴⁶ Por ello, no es extraño que, en su pedimento de 1766 para la expulsión de la Compañía del imperio español, el fiscal Pedro Rodríguez Campomanes se hiciera eco de rumores y acusara a los jesuitas de haber entregado el archipiélago a los británicos en connivencia con el propio Rojo del Río.⁴⁷ Fuera o no verdad semejante acusación, lo cierto es la ocupación inglesa de Manila habría de llevar a la Corona española a reevaluar la situación general del archipiélago y a tomar trascendentes medidas. Entre ellas estuvieron la fundación en 1769 del Consulado de Manila, la creación en 1765 de una nueva ruta comercial directa entre Cádiz y las Filipinas, y la intervención directa de actores peninsulares en la negociación comercial asiática y en la venta de géneros orientales en Nueva España, como los Cinco Gremios Mayores de Madrid, la Casa de Ustáriz, San Ginés y Compañía y, finalmente, a partir de 1785, la Real Compañía de Filipinas. Como ha señalado Carmen Yuste, estas

⁴⁶ El arzobispo y el provincial jesuita de Filipinas durante la invasión inglesa, Bernardo Pazuengos, eran cercanos al menos desde 1754, cuando Rojo fungía como capellán y confesor del primer convento fundado por las monjas de la Compañía de María o de la Enseñanza, y en cuya función inaugural predicó Pazuengos, entonces procurador de la provincia filipina y teólogo de cámara del arzobispo de México. Véase Bernardo Pazuengos, *María Santísima, dechado de religiosas de su Compañía, llamadas comúnmente de la Enseñanza, sermón que en la erección de su primer convento y templo, dedicado a Nuestra Señora del Pilar en la ciudad de México, predicó el R. Padre... , y lo dedican al Ilustrísimo Sr. Dr. D. Manuel Joseph Rubio y Salinas, del Consejo de Su Majestad, arzobispo de México, la Compañía de María nuevamente fundada en dicha ciudad, y su fundadora, y actual priora la M. R. M. María Ignacia Azlor y Echevers, por mano de su capellán y confesor mayor*, México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1755.

⁴⁷ Santiago Lorenzo García, *La expulsión de los jesuitas de Filipinas*, Alicante, Universidad de Alicante, 1999, p. 170.

acciones serían una de las causas del fin de la antigua ruta transpacífica entre Nueva España y Filipinas como una “alternativa intercolonial” para el comercio de Asia.⁴⁸

Conclusión

Muchas fueron las consecuencias de la peculiar y paradójica “vecindad” alcanzada durante la primera mitad del siglo XVIII entre Nueva España y Filipinas, dos de las posesiones de la monarquía española más distantes entre sí. De entrada, se produjo una imbricación aún mayor entre los intereses de las elites isleñas y los de los mercaderes monopolistas de México, impulsores y beneficiarios principales del tráfico entre Manila y Acaapulco, traducida en alianzas políticas, económicas y familiares entre ambos grupos, circunstancia bien conocida gracias a la historiografía sobre Filipinas y el galeón. La fascinación mexicana por el Oriente (emparentada sin duda con la que Europa experimentaba en ese momento por influencia de las Luces) se demostró en la demanda de libros y gacetas que diesen noticias de las cortes asiáticas y sus revoluciones, en la asimilación y repetición de fórmulas decorativas y temáticas de inspiración asiática en objetos de uso cotidiano, obras de arte, formas arquitectónicas y vestuarios, y en la admiración social volcada en los misioneros franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas que, pasando por Nueva España, iban en demanda de las Filipinas, China y Siam.

Del mismo modo, desde un discurso mercantilista y una óptica a la vez local e imperial, el proyectismo novohispano proveyó de justificación a la expansión de la negociación transpacífica en una época en que los intereses económicos peninsulares buscaban activamente su supresión, e hizo de las Filipinas un espejo de las inquietudes de las corrientes reformistas que en Nueva España buscaban contribuir al cambio en ciernes de las estructuras coloniales de la monarquía española. El desastre de Manila de

⁴⁸ Yuste López, “El eje comercial...”, p. 34-39.

1762, y sin duda la infortunada participación en él del arzobispo de Manila, el novohispano Manuel Antonio Rojo del Río, contribuirían definitivamente a la cancelación de las aspiraciones novohispanas en el Pacífico asiático.

Curiosamente, se debe al arzobispo Rojo la existencia hasta hoy, en pleno corazón de la ciudad de México y de su catedral, de un símbolo de la proyección mutua entre Asia y Nueva España a través del Pacífico. Aunque el fuego estuvo cerca de destruirlo en el terrible incendio que en 1967 acabó con la sillería de coro de la catedral, hasta el presente sobrevive, restaurado en su antigua gloria, el facistol que en momentos más dichosos de su gobierno el arzobispo Rojo encargó para su antigua iglesia, fabricado entre 1757 y 1761,⁴⁹ y que aún hoy dialoga con la también filipina reja del coro, colocada allí desde 1730. (figura 4).

De hecho, faltó poco para que su obsequio no llegara nunca a su destino. Robado al parecer durante el saqueo del palacio arzobispal de Manila por los ingleses, el facistol, desarmado y dañado, tuvo que ser rescatado por Esteban de Rojas y Melo, arcediano del cabildo eclesiástico manilense, tras la muerte del prelado. Su envío a México se debió únicamente al empeño personal del arcediano por cumplir la voluntad del difunto, pues el “caballerito albacea”, como Rojas llamó a Andrés Joseph Rojo, pretextó el embargo de los bienes de su tío para excusarse de pagar por su reparación y embarque a Acapulco.⁵⁰ Aun el viaje del facistol fue accidentado, puesto que el primer navío en que se le intentó enviar en 1766 se vio obligado a retornar a Cavite. Irónicamente, se trataba al parecer de la misma fragata *San Carlos* en que infructuosamente se intentó remitir a Europa por la vía de Nueva España en 1768 al primer contingente de jesuitas expulsos de Filipinas por el decreto de Carlos III de 1767.⁵¹ Pese a todo lo anterior, el lustre de las maderas de tándalo y

⁴⁹ Manuel Toussaint, *La catedral de México y el sagrario metropolitano. Su historia, su tesoro, su arte*, 2a. edición, 1a. reimp., México, Porrúa, 1992, p. 105.

⁵⁰ Manuel Toussaint, *La catedral de México...*, p. 306-308.

⁵¹ Lorenzo García, *La expulsión...*, p. 125-136, para el fallido viaje del “San Carlos” con el primer contingente de jesuitas expulsos.



Figura 4. Facistol filipino y sillería de coro de la catedral de México, tomado de Enrique A. Cervantes, *Catedral Metropolitana. Sillería del coro*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1936, lámina XII

ébano del facistol y el pálido brillo de los marfiles orientales que lo adornan siguen cumpliendo sin duda uno de los propósitos para los que fue creado: traer a México una representación palpable y deslumbrante del Oriente y recordar perennemente la larga y por momentos muy cercana relación entre Nueva España y el Pacífico asiático.